

**XXXI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - marzo de 2019**

“Abriendo el abismo su boca”: el espacio como portento en la *Histórica relación del Reyno de Chile* (1646) de Alonso de Ovalle.

Laura Díaz
ILH - UBA

Enviado como procurador de la viceprovincia jesuita chilena a Madrid y luego a Roma en 1641, Alonso de Ovalle buscaba allí conseguir la independencia de ese territorio chileno y, además, llevar cuarenta y seis jesuitas a Chile. Pero “haviendo venido del Reyno de Chile y hallado en estos de Europa tan poco conocimiento del que en muchas partes ni aún sabían su nombre” (iii) se dispuso a llevar adelante una serie de publicaciones para difundir las características geográficas del reino, su historia y los esfuerzos allí llevados a cabo por los jesuitas. Por esta razón en 1646 publicó la *Tabula Geographica Regni Chile*, un mapa donde se pueden encontrar tanto las misiones y colegios jesuitas como descripciones geográficas y la flora y fauna chilenas. Y también en 1646 publicó en Roma su *Histórica relación del Reyno de Chile* (simultáneamente en español e italiano).

La *Histórica relación* puede ser entendida como parte de una tendencia general de las historias escritas por los jesuitas durante el siglo XVII, en tanto estas historias se concentraban en la labor evangelizadora realizada por la orden, enfatizando las dificultades en el cumplimiento de su misión y destacando los logros alcanzados. En este sentido, la *Histórica relación* responde perfectamente a tal molde ya que una amplia parte del texto está dedicada a este fin.

Pero es en la descripción de la naturaleza chilena, que se da en los primeros libros de la relación, donde se puede encontrar otra cosa: elementos que dan cuenta de una tradición protonacionalista criolla. En este punto, se vuelve relevante pensar en la función que adoptan la aparición de prodigios y portentos como modo de configurar una “defensa típicamente criolla de la patria” y como “un poderoso elemento de propaganda” (Prieto, 2010: 11). Nos enfocaremos en los casos del árbol de Limache y la erupción del volcán que precedió al Parlamento de Quilín en 1641 porque, además, cuentan con otro elemento que cobra interés en la *Histórica relación*: la presencia de grabados.

Tomaremos la edición facsimilar romana de la *Histórica relación* que cuenta con cincuenta y tres grabados¹. Las pautas iconográficas que siguen las están marcadas, por un lado, por la obra de Theodor de Bry y, por otro lado, por grabados de crónicas indianas. Los nueve retratos de conquistadores son, casi con seguridad, copias de estampas del grabador italiano Antonio Tempesta (1555-1630), ya que probablemente esas planchas ya las poseía el editor Francesco Cavallo. Se presume que posiblemente otros grabados fueron bosquejados por Ovalle, entre ellos siete imágenes de devoción religiosa y otras cinco describiendo costumbres indígenas que fueron seguramente dibujadas por Ovalle y retocadas por el editor (Hanisch, 1976). Barreiro (2013) postula, a su vez, la presencia de la *Opera Omnia* de Justus Lipsius y de pinturas de temática religiosa europea como parte de la ideación de cada las imágenes.

En las páginas preliminares, Ovalle realiza una enumeración de las imágenes que ilustran los diferentes capítulos, acompañándolas de una descripción breve en donde especifica su significado y el lugar en el que deben ubicarse. Esta “advertencia para no errar en poner las imágenes y figuras estampadas que van en este libro cada una en su lugar” es un método a través del cual los autores habitualmente buscaban dar cuenta de la veracidad de los hechos relatados (Ferrecio Podestá, 1970). Pero además de ser una estrategia de edición es una muestra de una clara conciencia del público de estos relatos.

El espacio natural

En los libros primero y segundo, Ovalle se dedica a presentar “la naturaleza y propiedades” de la tierra chilena. Ya desde el comienzo, se postula como el sujeto no más apropiado para dicho objetivo por ser él nativo de esta tierra:

confieso que me holgara mas hablaran de este pais testigos de fuera, que le han visto, porque como mas libres de la calu[m]nia de apasionados a que estan expuestos los que hablan de sus propias cosas (2)

De esta manera, el sujeto toma su origen, su condición de sujeto criollo, como el lugar de autoridad y el lugar de enunciación. En este gesto, Ovalle hace valer su origen, que sería aquello que no constituye valor para un público metropolitano (más aún si es eclesiástico europeo).

¹ La edición de la Biblioteca Vaticana se ilustra con cincuenta imágenes ya que no cuenta con algunos de los retratos presentes en la otra edición.

Si bien Ovalle postula que su discurso será diferente al del europeo, para dar fe de su testimonio recurre a voces europeas con el fin de reforzar su discurso, De hecho, la primera autoridad a la que apela es “la común voz de los que de Europa han llegado” (2). Estas contradicciones que se dan a lo largo del texto demuestran que, si bien su condición de sujeto criollo es numerosas veces la que legitima y autoriza su relato, Ovalle es consciente del público al que se dirige por lo que debe apelar a lo que éste considerará como verídico. Una de las particularidades de Chile será que es una tierra “libre de rayos”, donde “no cae piedra en el verano”, “ni se ven tempestades que obligan en otras partes a clamorear las campanas y exorcizar las nubes” (2). De esta manera, se comienza por presentar el territorio de Chile como un locus amoenus que es similar al territorio europeo, pero con características naturales que prácticamente lo asemejan al paraíso.

Recurrentemente, durante el Libro Primero, se enfoca en destacar de manera hiperbólica la abundancia y fertilidad de la tierra. La tierra es construida de manera monstruosa: “no se puede creer la fuerza con que la tierra arroja y produce” yerbas, por ejemplo (5). Pero a pesar de esto, Ovalle declara “no tener ni palabras ni similes con que” darse a entender (41). Esta apelación a lo indecible es muestra de la dificultad que se presenta a la hora de la traslación de las características del territorio para un público lejano. Así podemos ver como en este punto si bien falla el principio de la *accomodatio* -estrategia misionera de la Compañía según la cual se trazaban similitudes entre prácticas, creencias e imaginarios de diferentes culturas para propiciar la mutua adaptación (Accatino 2016)-, se refuerza el fin ideológico del texto, es decir, diferenciar el reino de Chile de los otros territorios americanos para así destacarlo.

Siendo presentada en las primeras páginas de esta manera la naturaleza, no será de extrañar que de manera sucesiva este mismo espacio presente prodigios y portentos como el árbol con forma de cruz aparecido en Limache y la erupción del volcán de Llaima que precedió al Parlamento de Quilín en 1641. La presencia de maravillas, portentos y singularidades del mundo natural era una característica bastante común en historias naturales de la edad moderna temprana. Teniendo en cuenta que Ovalle era un jesuita, esto adquiere además otro matiz: para los jesuitas, prodigios y portentos eran herramientas heurísticas. Por ello, veremos cómo en la lectura de estas singularidades es donde –como señala Prieto- “su

retórica de alabanza a la patria se intersecta de manera explícita con la propaganda” en favor de los jesuitas chilenos (Prieto, 2010: 20).

“El prodigioso árbol”

Elige terminar el Libro Primero con “el prodigioso árbol” (Primero, cap. 23) que se halló en el valle de Limache.

A la hora de describirlo, Ovalle se posiciona como testigo de esta maravilla y aclara que no se ha contentado con referirse a ella solo por escrito sino que además añade “una estampa” que “está ajustada con su original todo lo posible para que el piadoso lector” pueda, por un lado, admirar la sabiduría de Dios y, por otro lado, para otorgar credibilidad a tan prodigioso suceso porque este tipo de hechos “apenas se puede creer si no se ve” (60).

El árbol no es solo un árbol con forma de cruz sino que, además, de él sobresale un “hombre perfecto” cuyos brazos están unidos a la cruz. Es decir, es una portentosa representación de la figura de Cristo crucificado. Este árbol que hace especial al territorio abona claramente al objetivo político del texto. La naturaleza juega a su favor: no es él quien fuerza el contenido para lograr su propósito, sino que es la naturaleza misma, con sus prodigios, la que se ofrece para tal fin, hasta incluso parece reclamarlo.

Para los jesuitas este tipo de apariciones no eran solo un sitio donde encontrar conocimiento de la naturaleza, sino que, en primer lugar, eran el sitio privilegiado del cual obtener conocimiento religioso y moral (Prieto, 2010). Debido a ello, la interpretación de Ovalle de este suceso entra en relación con la labor jesuita en el Nuevo Mundo. Ese árbol es leído como el resultado de los trabajos evangelizadores: son los frutos de la misión echando raíces. Así, el árbol sería una bendición del “autor de la naturaleza” (59) sobre el territorio chileno y una muestra de los esfuerzos realizados por la Compañía.

De este modo, Ovalle cierra el Libro Primero dedicado a describir las cualidades del mundo natural con la descripción de un prodigio que logra enlazar la flora de Chile con la labor jesuita. Si bien la hiperbolización de los beneficios y propiedades de la naturaleza chilena se relaciona con el objetivo que persigue Ovalle en su texto, también lo podemos entender como un “sentir del lugar” propio de la subjetividad criolla y protonacionalista. El sentir de un lugar “manifiesta el carácter único del espacio habitado, lo que permite su interrelación con la construcción de la identidad cultural” (Arias, 2009: 334). Es en este sentido que

cuando se describen lugares con lo que nos identificamos, convergen lo imaginado y lo real, es decir, el espacio material.

El árbol de Limache, por tanto, no solo sería muestra de la labor exitosa de la Compañía, sino que, además, la fertilidad de la tierra chilena parecería demostrar que ésta ha estado esperando -y ya he llegado- el momento propicio para aflorar.

“Abriendo el abismo su boca”: la erupción del volcán Llaima

Del mismo modo que el episodio del árbol de Limache funciona como nexo entre el mundo natural y la labor jesuita, los sucesos previos a las paces de Baidés en el Libro Séptimo funcionan como nexo entre la historia militar que se relata y la historia de la Compañía.

Ovalle describe la erupción del volcán Llaima y se presenta la lectura que de esto hicieron los araucanos, ya que debido a “su rústico modo de entender, le sirvieron de presagios y pronósticos de que quería el cielo se volviesen sujetar a los españoles” (302).

El Parlamento de Quilín celebrado en 1641 por el gobernador Francisco López de Zuñiga, Marqués de Baidés, y los líderes mapuches es presentado por Ovalle como el fin de la casi centenaria guerra por el territorio. El tratado de paz que de allí deriva es presentado como un triunfo de la influencia jesuita debido a la presencia en el cortejo del Marqués de Francisco Vargas -su confesor- y Diego de Rosales -intérprete y consejero- quienes abogaron por el abandono de la estrategia ofensiva que se llevó adelante durante años.

En el grabado que acompaña al texto se recoge el momento en que la fuerza de la erupción parte el cerro en dos partes. En el tercio superior de la imagen, entre las nubes, se puede ver la lucha entre el ejército español -dirigido por el apóstol Santiago- y el araucano. Si bien hay cronistas que atestiguan que los mapuches observaban las nubes para realizar predicciones (Prieto, 2010), Ovalle relaciona esto con lecturas bíblicas y antiguas.

En el centro del grabado, se ubica el portento más llamativo: “una bestia fiera, llena de astas retorcidas, la cabeza dando espantosos bramidos y lamentables voces” (303). Este animal monstruoso es interpretado por Ovalle como el animal que San Juan vio en el Apocalipsis.

Todas estas señales y sus interpretaciones son atribuidas por el mismo Ovalle a los indios. Amén de esto, él otorga su propia relectura. Para él, ese monstruo representa “la Gentilidad, idolatría y deshonestidad” (303) de los indios. Este portento, postula Ovalle, representaría

lo que aún queda en el territorio por desterrar. Y es la misma tierra la que reclamaría “Predicadores Apostólicos” (303), es decir, a los jesuitas, para que, a través de la labor evangelizadora, logren, por un lado, la paz y, por el otro, la cristiandad del reino.

Es aquí donde reaparece el objetivo político del texto: los jesuitas como centro y razón del éxito de las paces de Baidés. Pero es interesante que, para poder demostrar este punto, Ovalle parte de las creencias de los nativos, su lectura de estas señales y se las apropia, otorgándoles otro significado produciendo así una suerte de sincretismo cultural a favor de la orden.

Conclusiones

David Brading (1993) señala que los textos producidos por los criollos durante el siglo XVII están constituidos por una retórica de alabanza de la patria cuyo fin es resaltar sus derechos de nacimiento. En el caso de Ovalle, esto se imbrica con elementos propios de la estética jesuita (lectura moralizante, representaciones emblemáticas).

Si bien hay que esperar las historias naturales de jesuitas en el XVIII para encontrar verdaderos planteos políticos que lleven adelante un revisionismo del pasado -lo que Bernard Lavallé (1993) denomina “criollismo militante”-, podemos encontrar en la *Histórica relación* de Ovalle un momento previo. En este sentido, el texto de Ovalle no solo es una exaltación de la patria que persigue fines políticos específicos, sino que además es una reapropiación del espacio como manera de reconocerse diferente del sujeto europeo. Por eso mismo, ya en las primeras páginas de su texto, Ovalle postula que:

nunca se dira suficientemente lo que en esto pasa ni se creera lo que se dice particularmente de los que o no han salido de los paises en que nacieron o son tan Narcisos de ellos que no les parece que puede haber otros que les iguallen, quanto menos que se les aventajen y los que hablamos de mas lejos y no podemos atestiguar con testigos oculares hablamos con menos seguro de contradicciones (55-56)

Al reconocerse como una discursividad criolla, Ovalle le otorga al espacio características y propiedades singulares, que para poder ser comprendidas en Europa son llevadas a extremos portentosos. Pero dicha monstruosidad no solo representa el potencial del espacio, que puede -e incluso reclama- ser “domado” por la Compañía, sino que además es parte de

la construcción del espacio que él, como subjetividad criolla, lleva adelante para dar cuenta de la experiencia allí vivida.

De este modo, entre el espacio real y el imaginario, Ovalle describe una naturaleza fértil, abundante, benéfica, que expulsa de su seno monstruos, unificando la retórica de alabanza de la patria, las lecturas trascendentalistas jesuitas con rasgos de una conciencia criolla. Por ello, el texto no solo termina funcionando como propaganda política, sino que, además, hace patente el espacio chileno y la humanidad del mismo.

Bibliografía

Accatino, S. (2016). “Una piedra, un árbol, un negro. Retóricas de la transmutación en la Histórica relación del Reyno de Chile de Alonso de Ovalle”. En *Anales de Literatura Chilena* (No. 26, p. 171). Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena.

Arias, S. (2009) “Geografía, imperio e iglesia bajo la huella de la Ilustración: conciencia criolla y los espacios del imaginario cartográfico jesuítico durante el siglo XVIII” en *Poéticas de lo criollo. La transformación del concepto “criollo” en las letras hispanoamericanas (siglo XVI al XIX)*. Buenos Aires: Corregidor.

Brading, D. A. (1993). *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State 1492-1866*. Cambridge University Press.

Barreiro, R. M. C. (2013). “El reino de Chile y las imágenes de la Histórica relación de Alonso de Ovalle: una aproximación a las crónicas de Indias”. *BSAA Arte*, (79), 203-226.

Ferreccio Podestá, M. (1970) “Presupuestos para una edición crítica de la Histórica Relación del Reino de Chile de Alonso de Ovalle”, *Revista Chilena de Literatura*, 2-3.

Hanisch, W. (1976). *El historiador Alonso de Ovalle*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.

Lavallé, B. (1993). *Las promesas ambiguas: ensayos sobre el criollismo colonial en los Andes* (Vol. 133). Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero.

OVALLE, A. de (1646). *Historica Relacion del Reyno de Chile y de las misiones, y ministerios que exercita en el la Compañía de Iesus*, Roma, Francisco Cavallo. Obra conservada en la Biblioteca Xeral de la Universidad de Santiago de Compostela, con signatura 15410. Reproducción facsimilar recuperada de:

http://www.navarra.es/appsext/bnd/GN_Ficheros_PDF_Binadi.aspx?Fichero=BCR0026-C-6-400000000000000000410.pdf

Prieto, A. (2010). “Maravillas, monstruos y portentos: la naturaleza chilena en la Histórica relación del Reyno de Chile (1646) de Alonso de Ovalle”, *Taller de Letras* (47), pp. 9-27